F. HERNÁNDEZ-CASAJUANA

CERECITAS DE PASTOR

CUENTO INFANTIL, REPRESENTABLE, ORIGINAL Y EN PROSA

Copyright, by F. Hernández-Casajuana

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1913

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/cerecitasdepasto00hern

CERECITAS DE PASTOR

CUENTO INFANTIL,
REPRESENTABLE,
ORIGINAL Y EN PRO-
SA, POR F. HERNÁN-
DEZ-CASAJUANA ◇ ◇

Estrenado en el TEATRO APOLO de Valencia
el día 24 de Abril de 1913

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
5308

VALENCIA—1913
Talleres de Imprimir Sucs. de Emilio Pascual
Pizarro, 19

La propiedad de esta obra pertenece a su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction reservés pour toutes les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley,

A JACINTO BENAVENTE

Creador del Teatro de los niños, en gracia y gratitud por haber honrado el estreno de este cuento valenciano con su presencia y aplauso.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

722632

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LENTEJILLA.	Srta. P. Saturnini.
EL TIO CARROÑA. .	Sr. Hernández Camps.
PIÑONCETE.	Sr. Alós (V.)

La acción en Valldigna, ruinas del castillo del Alfondeig. Epoca remota. Orientación escénica la del actor.

MUTACIÓN ÚNICA

Rellano en lo alto de una montaña. Al foro una baranda de piedras amontonadas, y el azul de un cielo purísimo. En el lateral izquierda las ruinas del castillo, con puerta practicable, por la que se ve un interior de arcadas; en último término, paso en pendiente. En el lateral derecha un ribazo de aliagas y zarza-moras. Es la tarde de un luminoso día de Abril; el sol llega a su ocaso, majestuoso; se oyen, unas veces cerca y otras más lejos, las esquilas de un ganado de cabras que pacen por la cercanía; son sus pastores LENTEJILLA y PIÑONCETE, dos alegres niños que, atrevidos e inocentes, llevan a escena toda la candidez de su juventud.

PIÑONC. (Dentro.) ¡Ríaaa!... ¡Chota!... ¡Ya!

LENTEJ. (Dentro.) ¡Toma, Palomita, toma! ¡Ríaaa!...

PIÑONC. (Por la derecha, como escalando, sale a gatas.) ¡Retroncho!... ¡Parece que nó y está alto esto!... Un poquito más y con el cayado ya toco el cielo. (Levántase y da el cayado a Lentejilla, como para ayudarle a subir.) Toma el cayado, Lentejilla, y cójete, cójete, porque si te resbalas pararás, lo menos, en el Barranco del Moro, y te harás tortilla.

LENTEJ. (Dentro.) ¡Quieres callar, condenao! ¡Haz fuerza!...

PIÑONC. (Tirando del cayado.) ¡Aúpa!... No pongas la mano ahí, que es una zarza-mora y te pincharás.

LENTEJ. (Saliendo, en un salto.) ¡Ya estoy!

PIÑONC. ¡Sabes que pesas, Lentejillita!

LENTEJ. Soy pequeñita, pero maciza.

PIÑONC. Maciza, de carne de membrillo.

LENTEJ. ¡Mira que esto está alto!... ¡Aquí no subirán ni nuestras cabritas!...

PIÑONC. Subimos nosotros, que es igual. Ya estarás satisfecha, ya estás en el llano del castillo, donde están los nidos de cuervos.

LENTEJ. (Mirando al foro.) Mira, mira, Piñoncete, mira el pueblo... ¡qué pequeñito!... ¡y el campanario, qué bajito!... ¿De aquí se oirán las campanas?

PIÑONC. De aquí lo que estamos es saltando.

LENTEJ. ¿Ya? Después que nos ha costado tanto de subir. ¿Que tienes miedo?

PIÑONC. ¡Casi ná!... ¿Pues que tú no sabes dónde estamos?

LENTEJ. En el castillo... ¿que qué es?

PIÑONC. ¿Que qué es?... (Con misterio.) Que aquí vive el Tío Carroña, un brujo que habla solo y con los muertos, y se bebe el aceite que le traen las lechuzas, y le hacen así los dientes, (Rechinan) y con un ojo mira al cielo, con otro a tierra, con otro parece que mire y no *guipa*, con otro...

LENTEJ. ¡Ay, Piñoncete, qué miedo tengo! ¿Por qué me lo dices ahora?

PIÑONC. Pues, si todos los días me estás dando la lata. «Vamos al castillo.» «Subamos al castillo.» «Yo quiero ver el castillo.» Pues... ¡ya estás en el castillo!

LENTEJ. Escucha, Piñoncete: y eso del Tío Carroña que tú dices, ¿es de veras?

PIÑONC. ¡Y tan de veras! Yo dos veces lo he visto; la una en el pueblo, la noche que dicen que se volvió loco; era yo muy pitusito. La otra, no hace mucho, por esta montaña estaba haciendo leña.

LENTEJ. ¿Y habla como nosotros?

PIÑONC. Habla y la voz es de esas hondas, como si le saliera de una cueva, y le tiembla la barba blanca que le llega al pecho...

LENTEJ. (Medrosita) ¡Ay, yo tengo frío, Piñoncete!

PIÑONC. Pues lo que es yo, tengo unos picores que me suben por las pantorrillas...

LENTEJ. ¿Y muerde?

PIÑONC. En el pueblo dicen que sí. A mí una vez se me escapó una oveja hacia aquí y se metió ahí dentro; yo tenía miedo de entrar por ella, y me esperé, y después salió, y no llevaba mordido nada.

LENTEJ. (Venciendo su curiosidad al miedo.) ¿Y por ahí dentro es grande, es grande? ¡Yo quisiera ver el castillo, Piñoncete!

PIÑONC. ¿Y si nos coge el Tío Carroña?

LENTEJ. ¿Y tú eres hombre?

PIÑONC. ¿Y tú eres mujer? ¿Por qué no entras solita?

LENTEJ. (Mimosa.) Piñoncete, monino, venga, vamos a verlo por dentro... ¡Y cogeremos cerecitas de pastor que a tí te gustan tanto!

PIÑONC. ¿Y si en vez de cerecitas nos encontramos a ese *butoni?*

LENTEJ. Venga, vamos, mira que no te querré, y te quitaré la flautita de caña que te he hecho, y ya no te diré más «Piñoncete de mi corazón.» (Solloza.)

PIÑONC. Lentejillita mía, no me llores, venga, entraremos; pero después si lo sueñas no me culpes a mí.

LENTEJ. Antes que se haga de noche.

PIÑONC. ¿Saldremos en seguida?

LENTEJ. ¡Y si nos encontrásemos dineritos escondidos!

PIÑONC. Yo me compraría un zurrón nuevo y un cayado con pincho.

LENTEJ. Yo un refajito azul y un escapulario de la Virgen del Carmen.

PIÑONC. ¿Y dónde nos los guardaríamos?

LENTEJ. En mi corral, donde duerme el chotito.

PIÑONC. Allí no, que lo puede ver tu padre; yo me los esconderé dentro del zagalejo, ¡que tiene un bolsillo más hondo!...

LENTEJ. ¿Entramos, Piñoncete?

PIÑONC. Entra tú primero. (Se recogen al lateral derecha.)

LENTEJ. No, yo no; tú que eres más brutote.

PIÑONC. (Ofendido.) ¡Ves, ahora no debía de entrar!

LENTEJ. ¡Tu te lo perderás!

PIÑONC. Entraremos los dos juntos. Trae la mano... así, y en la otra los cayados... ¿Vamos?

LENTEJ. ¡Estás temblando!

PIÑONC. Eso es de, ale... ale... alegría, como te... te... te... tengo de la ma... ma... ma... mano...

LENTEJ. Poquito a poquito... a pasito corto... ¡Ché, cuántas columnas!

PIÑONC. ¡Ché, cuántas cerecitas!... (Entran en el castillo poco a poco, con mucho temor, cogidos de la mano y con los cayados en alto. Pausa, en la que sólo se oyen las francas risas de los pastorcillos y el lejano són de las esquilas del ganado.)

T. CAR. (Por el último término izquierda, donde está el paso en pendiente, con un haz de leña al hombro. Es un viejo, de cabellos y larga barba blancos, lleva un sayal y se apoya en un báculo. La vista la tiene algo inquieta. Su ademán es temblón.) Ya se pone el sol, sus últimos clarores siempre son para mí... ¡vivo tan cerca de él! Allá bajo, ya hace rato que la sombra reina... Sólo una casita tiene luz; a ver, sí, todavía la diviso, bajo mismo del campanario, la parte alta, sin pintar, por bajo toda blanqueada; ¡es que bajo murió mi madre! Pueblo, estás en un hoyo, ahí, enterrado, a mis plantas, —¡ya era hora!—te entretuviste en otro tiempo,—que nunca vuelva,—en hacer de mí burla y escarnio, y hubieras hecho de mí un criminal, si Dios no me señala este destierro en estos murallones, donde la hiedra se encarama vistiéndolos, y a falta de sus pasadas grandezas moriscas, hay unos nidos de tórtolas que siempre saludan mi entrada con un gozoso revuelo. Vivo solo, pero vivo, que allí no viven, se devoran... Pero, ¿qué oigo? ¡En mi castillo hablan!... Sí, hablan y ríen, ¡cuántas ganas tenía yo de oir reir!... Mas, ¿quién podrá ser? No deben saber dónde están, porque tengo mala fama... ¡Ah!... son niños... pudo más en ellos la curiosidad que el miedo... ya salen, me esconderé, no quisiera asustarlos, les quitaría el encanto!... (Se recoge a un lado.)

LENTEJ. (Sale con Piñoncete, tirando al aire cerecitas y cogiéndolas en la boca. Han tomado confianza y están como en su casa.) Tú ves, miedoso, como eso del Tío Carroña es mentira. Todo lo hemos corrido y no hay nadie...

PIÑONC. Pues a mí la abuela me lo contó; aquí

vive un loco que debía estar en una jaula.

T. CAR. (¡Son pastorcitos!)

PIÑONC. Y a todo esto el ganao por ahí.

LENTEJ. ¡Ché, venga! ¿Pues que esto no es más bonito que todo el pueblo...?

T. CAR. (Si no les asustara.)

PIÑONC. Pues lo que es yo por donde he subido no bajo, no quiero romperme la calavera; vamos por aquí y veremos. (Al dirigirse hacia la izquierda reparan en el Tío Carroña.) ¡Aaay, madre mía!... (Se apiña con Lentejilla llenos de terror en el primer término derecha.)

T. CAR. No os asustéis, pastorcitos, no hago mal a nadie...

PIÑONC. (Enarbolando el cayado y temblando.) ¡No se acerque, no se acerque, que le arrimo garrotazo!...

LENTEJ. (Acurrucadita detrás de Piñoncete.) ¡Yo tengo miedo, Piñoncete!

T. CAR. Escuchadme, hijitos: ¿Por qué me tenéis miedo? ¿Qué os han dicho que soy yo?...

LENTEJ. (Piñoncete no le digas que está loco.)

PIÑONC. Mire, nosotros no lo haremos más... déjenos ir enteritos, que ya no volveremos a incomodarlo... ¡todo ha sido por esta, que es una curiosa enredadora que quiere comprometerme!...

LENTEJ. ¡Diga usté que es mentira, que es él el que me ha traido á coger cerecitas!...

PIÑONC. No engañes al hombre; las mujeres siempre seréis las mujeres. Usté créase lo que yo le digo.

T. CAR. No, si a mí no me sabe mal que vengáis a verme; si para mí vosotros sois unos amiguitos a quien yo quiero mucho. ¿Cómo te llaman a tí, rubita?...

LENTEJ. Lentejilla, para servir a usté.

T. CAR. ¿Y a tí, templao?

PIÑONC. Piñoncete, pa lo que usté quiera mandar.

T. CAR. Pequeños los dos y los dos ya ganándose el pan.

PIÑONC. Como mi padre siempre está borracho...

LENTEJ. Y el mío pegándole a mi madre...

PIÑONC. Pues... nos envían al monte para que no aprendamos en casa...

T. CAR. ¿Y a escuela, que no vais a escuela?

LENTEJ. Cuando ya empezaba a hacer media me sacaron...

PIÑONC. ¡Y a mí, cuando ya hacía unos palotes más tiesos... y así de grandes!... (Como el cayado)

T. CAR. Sólo os han enseñado a tener miedo del Tío Carroña, y a decir que está loco...

PIÑONC. ¿Que no lo está?

LENTEJ. ¿Y los locos hablan?

T. CAR. Dicen que estoy loco porque les estorbo; aquí que no estorbo a nadie, nunca me lo oigo.

LENTEJ. ¿Y usté no tiene miedo de vivir solo?

T. CAR. Miedo, ¿a quién? Si todos me lo tienen a mí.

PIÑONC. (Desilusionado.) ¡Pues yo me pensaba que usté tenía cuatro patas, y unas orejas de burro, y una boca como las tinajas! Como dicen que siempre tiraba espuma, y que a quien miraba dejaba muerto, pues...

LENTEJ. Por las noches usté pasará mucho frío.

T. CAR. Nunca me falta leña.

LENTEJ. ¡Pobrecito!... ¿Quiere un pedazo de torta de maíz que me ha sobrao?...

PIÑONC. Yo le daré un trozo de pepino y una naranja que me guardaba... (Los pastores rodean al viejo.)

T. CAR. Hijitos míos: vosotros sois buenos; aún no habéis heredado la maldad de vuestra sangre.

LENTEJ. ¿Y aquí, solo, no hablará más que con los pajaritos, verdad?

T. CAR. Con ellos; ¿qué me has oído?... Y les cuento unos cuentos más bonitos; cuentos de reinas que saben querer y príncipes que siempre hacen guerras, y cuentos de hadas con muchas perlas y diamantes...

PIÑONC. }
LENTEJ. } ¡Ay, qué bonito!...

T. CAR. Cuentos de pastorcitos y pastorcitas que cantan canciones de amor; cuentos de cabritas; de flores y de nidos; cuentos de angelitos como vosotros. Y sé un cuento, no es cuento, que es un sucedido, que aprendí yendo por la vida...

PIÑONC. ¡Venga, cuéntenoslo!

LENTEJ. Sí, Tío Carroña, cuéntenos un cuento, que usté debe saber muchos.

PIÑONC. Pero que no haga llorar.

LENTEJ. Ni dé miedo, si no a la noche lo soñamos.

T. CAR. Pues sentaros y oid, que voy a contaros uno que no hace llorar, ni da miedo, porque enseña a ser buenos y a huir de la desgracia. Oíd... (Se sienta en una peña y a sus pies los pastores, uno a cada lado.) Pues señor; dicen que era un joven moreno, trabajador y valiente...

LENTEJ. ¡Como tú, Piñoncete!

T. CAR. ...Que estaba enamorado hasta la punta de los cabellos, de una chiquita de ojos azules, cabello de oro, ensortijado, y hablar dulce...

PIÑONC. ¡Esa eres tú, Lentejilla!

T. CAR. ... El, aunque joven, tenía doble edad que ella...

LENTEJ. Ya no eres tú.

T. CAR. ... El la quería mucho, mucho, (Suspirando.) pues todavía se acuerda que la ha querido; se casaron,—¡día de fiesta!—fiesta grande, que todo el pueblo celebró; así vivieron muy felices tres años. (Como haciendo memoria.) ¿A ver?... sí, sólo tres años fueron felices. Un sábado,—el de Gloria,—cuando el revuelo de campanas era más grande; cuando el remate de una *traca* se disparaba; cuando los chiquillos desenfrenados chillaban; cuando un brote de alegría por todas partes esparcía gozo, y luz, y vida, nació, entre risas y sollozos, una chiquita, morena como su padre, y como su madre, bonita.

LENTEJ. ¿Y cómo le pusieron?

PIÑONC. ¡Chica, venga! ¿Te quieres callar?

T. CAR. Le pusieron Consuelito, porque de eso había de servirles más tarde. A partir de aquel día, vino lo que tenía que venir.

PIÑONC. ¿Y qué es lo que vino?

LENTEJ. ¿Y ahora quién es el que habla?...

T. CAR. Vino el lobo, que siempre ronda las tapias de las casas buenas, para morder la felicidad. Consuelito, el único anhelo, se puso malita, muy malita. Consuelito se moría... no tenía remedio.

LENTEJ. ¡Qué pena!...

PIÑONC. ¿Y no se podría arreglar?...

T. CAR. Una noche, noche de frío y nieve, sólo se oía silbar al viento, arrastrando las hojas secas y rodeando la casa en un murmullo que hacía temblar; era la muerte que, con su mano fría, buscaba un hueco para meterse en la casa y llevarse un ángel...

LENTEJ. ¿Y Consuelito?

T. CAR. Consuelito, de miedo, juntó su boca a la de su padre y hubo un momento que un alma daba vida a dos cuerpos... después, un ruído extraño, como el hielo si se rompe; era un alma que se volvía a dividir en dos: una, vestidita de flores blancas, que voló al cielo, la otra, rodeada de pena, la que se quedó su padre...

LENTEJ. ¡Pobrecita chiquita, tanto que su padre la quería!

PIÑONC. A mí se me sube un *ñudo* a la garganta y me entran unas ganas de llorar!...

LENTEJ. ¿Y su madre?...

T. CAR. Poco después, murió también de pena, dolor y amargura...

PIÑONC. (Burlón) ¡En este cuento se mueren todos!

LENTEJ. ¿Que su padre también se murió?

T. CAR. ¡Ojalá! Porque una vez muertas la madre y la hija, él creyó volverse loco y lloraba dolorido... (Llora.)

LENTEJ. ¿Por qué llora?

PIÑONC. ¡Ché no sea así, pues si después de todo es un cuento!

T. CAR. Un cuento, sí, tienes razón, un cuento; ya no me acordaba que estaba contándoos un cuento.

LENTEJ. ¿Y cómo acabó?

T. CAR. Había nacido para vivir solo, y solo estaba. ¡Triste vejez! En vez de descanso y paz y calor, burlas de los chiquillos, escarnio de todos. ¡Todos eran malos! pues... a huir de todos, y huyó lejos, y alto, muy alto, ¡así estaba más cerca de donde dormía su hijita!... Y ved, por qué huía del mal, porque perdonaba—siendo en el perdón más noble—porque no quiso nunca vengarse. ¿Sabéis cómo le llamaban? pues ¡¡Loco!!

LENTEJ. } ¿Loco?
PIÑONC. }

T. CAR. (Excitadísimo.) ¡Loco, sí, loco porque prefiero la soledad limpia y tranquila de este castillo al bullicio desalmado de ese pueblo; loco, ja... ja... porque lloro aún el querer de una hija; loco, porque hablo solo y no ofendo a nadie... loco, sí, loco... (Se levanta.)

LENTEJ. ¡Loco no, buen padre!

T. CAR. Loco, por eso me huyen, por eso me tiran piedras y se burlan, por eso me tienen miedo y aquí nadie se acerca...

LENTEJ. Pues nosotros no le tenemos miedo, ni le huimos... (Animando la escena.)

PIÑONC. Y volveremos a verle...

LENTEJ. ¡Y le traeremos calabaza del horno!

PIÑONC. ¡Y tortas de pan con miel!

LENTEJ. ¡Y yo le barreré el castillo!

PIÑONC. ¡Y yo le haré leña!...

T. CAR. Y yo, os colmaré de caricias y os daré consejos y os contaré cuentos.

LENTEJ. Sí, nos tiene que contar cuentos, pero que no, nos hagan llorar como el de hoy.

PIÑONC. (Aparte a Lentejilla.) Yo tengo reparo de marcharme con el zurrón lleno de cerecitas.

LENTEJ. ¿Quieres que se las devolvamos y le pidamos perdón?...

T. CAR. ¿Qué estáis hablando?

LENTEJ. ¡Que tenemos vergüencita!...

PIÑONC. ¡Que no lo haremos más!...

T. CAR. Pero, ¿de qué habláis?

PIÑONC. Que... como... vamos... y... pues... vimos...

LENTEJ. Que... como... vamos... y... pues... entramos...

PIÑONC. Y como... vamos... habían tantas...

LENTEJ. Y como... vamos... son tan dulces...

PIÑONC. Y esta es tan golosa...

LENTEJ. Y este es tan tragón...

T. CAR. Bueno, ¿y qué?

LENTEJ. Pues, que cogimos todas las cerecitas de pastor que encontramos ahí dentro.

T. CAR. Mal lo hicísteis; pero como esas cerecitas son de pastor y vosotros lo sois, pues... para vosotros.

PIÑONC. (Ofendido en su pequeña dignidad.) No señor, no señor, yo no quiero nada robao.

LENTEJ. Ni yo tampoco, muchas gracias; se nos harían tapón.

T. CAR. ¿Que cuántas habéis cogido?

PIÑONC. (Temeroso.) Yo llevo el zurrón lleno...

LENTEJ. (Vergonzosa.) Y yo este capacito colmao...

T. CAR. Pues mirad, las repartís entre vuestras cabritas.

PIÑONC. ¡Bien pensao! (Corren al foro.)

LENTEJ. (Reparando en los niños del público.) ¡Mira, mira, Piñoncete, por ahí bajo cuántas hay! ¿Se las tiramos?

PIÑONC. ¡Ya está! (Bajan a baterías, uno a cada lado de la concha.)

LENTEJ. (A los niños.) ¡Chotitos!
¡Parad las manecitas
que caen cerecitas!

PIÑONC. (A las niñas.) ¡Borreguitas!
¡Abrid las boquitas
que caen cerecitas!

(Tiran al público puñados de confites rojos.)

T. CAR. Buenos chiquitos, buenos chiquitos; y no tengáis nunca miedo á nadie, ni cuando seáis mayores enseñéis a tenerlo. El miedo es para los que son malos y vosotros sois ángeles, y lo que habéis de tener es temor de Dios, y cariño a los padres, y respeto á los maestros...

LENTEJ. Sí señor, así lo haremos.

T. CAR. Y cuando vayáis por esas montañas, acordaros del Tío Carroña.

LENTEJ. Sí señor, sí, que vendremos a verlo.

PIÑONC. Mañana, al salir el sol, ya estamos aquí, que ahora ya se va haciendo de noche.

T. CAR. Sí, volved a casa pronto, y si alguna vez en el pueblo, al hablar de este castillo, os dicen que vive un loco, decid que es mentira, que vive un padre que quiso a su hija y que adoró a su esposa, y por querer y adorar no se vuelve nadie loco...

(Mutis castillo. Pausa. Oscuridad en escena.)

LENTEJ. Pa mí no está loco. ¿Y pa tí, Piñoncete?

PIÑONC. Pa mí tampoco, Lentejilla.

LENTEJ. Vive solo, ¡qué amargor!

PIÑONC. Y tan viejo, ¡pobrecillo!

LENTEJ. ¡Me da pena!

PIÑONC. ¡Qué dolor!

¿Qué sacamos del castillo?...

LENTEJ. (Muy alegre y enseñándole mimosa una ramita de)

¡Cerecitas de pastor!

(Se oye un golpe brusco de esquilas, y salen corriendo por el paso del foro.)

PIÑONC. } ¡Ríaaa...!
LENTEJ. }

TELON RAPIDO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE PROP.—Versión valenciana de la comedia *De cerca*, de Jacinto Benavente.

¡QUINA ANIMETA!—Novela valenciana.

LA BELLA CODÓÑ.—Apropósito bilingüe, con Maximiliano Thous y música del maestro Asensi.

LES DE PEBRERA.—Novela valenciana.